

LA EDAD DEL ARTE MÁGICO

En torno a un libro de César Zavattini

Artículo de Juan Francisco Giacobbe

Publicado en la revista *Dinámica Social*- 1955 (firma seudónimo Juan Cortés)

Una época de la historia de la fantasía humana se llamará: “edad de los dibujos animados”. Se dirá de ella que se “pudo” ver el suceder de las imágenes más disparatadas y sin afinidad ninguna con un encanto y un asombro que nunca tuvo la visión del hombre y que nunca supuso la realidad del ojo.

Mitad sueño y mitad invención; mitad fábula y mitad irrealidad; mitad absurdo y por igual, mitad ingenio de las travesuras del juego, la edad de los dibujos animados, se presentará ante la historia, como la realidad de una sociedad que, *no pudiendo vivir el prodigio maravilloso de la vida*, se inventa la representación de un prodigio ideal para convencerse que de algún modo vive lo que no vive. La fantasía por lo tanto tiene carta libre en esa vida de dibujos animados y todo empieza y termina en ella con la consabida moraleja de que, la realidad de la fantasía está intoxicando a la realidad de la vida. Pero sin otras consecuencias que las de las toxicomanías espirituales que al fin de cuenta son toxicomaniías de la... irrealidad.

Cesare Zavattini es un alto exponente de esa resignada edad de la vida del arte. Su estilo nace, como las iridiscencias de las pompas de jabón y como los reflejos más bellos de la luz y el agua, de una necesidad desesperada casi, de huir de la realidad vital y ponerse, con aquella melancolía propia de quien huye de la verdad, al amparo del “poder de lo prodigioso” y crearse dentro de ellos, una libertad y una verdad que nada tengan que ver con la libertad y la verdad que la vida exige e impone. Cesare Zavattini pertenece entonces a aquella generación de iconoclastas italianos que saliendo radicalmente del celeberrimo y zarandeado *futurismo*, no solo articulan “palabras en libertad” sino que con el diagnóstico clínico de una psicología empírica, pronunciado por Croce y reestudiado por Francesco Flora, construyen una obra por la sucesión y unión de “analogías lejanas” haciendo posible el disparate, la incongruencia, concretando a la vez una extraña poesía que por lo elemental quisiera ser ingenua y por lo sencilla quisiera ser infantil.

El arte mágico de un De Chirico y un Carrá en el lenguaje pictórico, el de Marinetti y Prampolini en las visiones teatrales y el de Escodamé y de Bontempelli en la argumentación de una magia de sucesos imaginarios, han contribuido de un modo radical para crear la forma mental del arte que Zavattini, que ha agregado a las búsquedas de bellezas de aquellos, la dinámica del cartón animado.

Por eso *Totò el bueno* la última obra de éxito de Zavattini es, ni más ni menos, que el “guión” de una película de dibujos animados con una secreta e inofensiva dosis de programa socializante reaccionario dentro de su aparente inocencia y entre su fantasía infantilizante.

El argumento: la discordia entre el bien y el mal. La moraleja: el bien puede llegar a hacer milagros, pero el mal triunfa y los mismos que vivieron del milagro transarán con el mal y se olvidarán del bien. Los caracteres, por la naturaleza de consejo infantil que el libro

quisiera tener, son polares, y Totò es todo el bien, inconsciente de serlo, y Mobic todo el egoísmo, consciente de serlo.

El mundo sobre el cual gravita y que defiende Totò es el mundo de los desheredados que es el suyo y en medio del cual, por voluntad de unos ángeles la bondad puede hacer milagros (unos milagros muy pedestres y empíricos tal como conviene a seres de una ingenuidad teórica y fácil). El mundo que gravita alrededor de Mobic es el mundo del capital, las finanzas, la política y la autoridad. Por lógica proposición el mundo de Totò, que es el de la pobreza, es el mundo de la buena fe, de la resignación convencional y de la confianza mutua; los hombres son allí emanaciones literarias del ideario del “hombre bueno” de Rousseau, y Bamba, el suburbio de los desheredados, buenos hasta cuando hacen traición, está inspirado en la utopía del falansterio de Fourier. Por oposición, el mundo y la ciudad de Mobic, están confirmando el ideario del mal social de Marx y de Engels. Puestos en comunicación estos dos mundos opuestos (puestos en comunicación por la ávida usura de explotar una surgente natural de petróleo), Totò el bueno logra quitarle el poder a Mobic por medio de unos milagros que no son sino meras satisfacciones materiales de los ciudadanos, para desaparecer accidentalmente y no dejar de él sino un hipotético recuerdo, mientras los desheredados del Ban y Mobic se entienden en la traición hacia el bien ingenuo de la vida.

El libro es más una fantasía poética que una verdadera novela. La riqueza de invención óptica y la inagotable facundia en las imágenes confieren a veces contornos de poema, contornos que el autor se encarga de cortar con oportunas intervenciones de sagacidad y de amargura bien disimulada. Los caracteres, a pesar del humor, son irresolutos y, en fondo, vitalmente tristes ya que el humor que los circunda no les acuerda ningún triunfo real. Al fin de cuentas la psicología del autor mata a las psicologías de sus personajes y el libro se nos aparece como una ficha clínica del ánimo socialmente escéptico y humanamente melancólico del autor. Un espíritu sin fe en lo sobrenatural que solamente puede decir algo de sí cuando se pone a “inventar” lo sobrenatural.

La vena humorística de Zavattini tiene origen en la de Novello y Mosca sin llegar a tener el desprejuiciamiento de éstos, y su amargura realista en Pirandello sin llegar a tener el genio creador de caracteres y de sentimientos del autor de *Novelle*.

La obra en suma, cuidada, bien escrita, juiciosamente proporcionada deja como síntesis una curiosa contradicción, porque queriendo ser ejemplar llega a adaptarse solamente al conocido aforismo de Debussy: “El arte es una bella mentira”, y como tal tiene la eficacia rutilante de los bellos reflejos que no perduran. Y es una lástima porque Zavattini tiene todos los dones de un poeta.

La traducción está realizada con inteligencia y amor. La edición bien marginada.